



## CAPÍTULO I



Hace unos treinta años, la señorita Maria Ward de Huntingdon, con solo siete mil libras, tuvo la buena fortuna de cautivar a sir Thomas Bertram, de Mansfield Park, en el condado de Northampton, y ascender a partir de entonces al rango de dama de baronet, con todas las comodidades y ventajas de una casa opulenta y unos ingresos elevados. Todo Huntingdon alabó la maravilla del enlace, y el tío de ella, el abogado, reconoció que le faltaban por lo menos tres mil libras para igualar la cantidad normalmente requerida. La joven tenía dos hermanas que se beneficiaron de su ascenso social; y aquellos conocidos de la familia que pensaban que la señorita Ward, la mayor de las hermanas, y la señorita Frances eran tan hermosas como la señorita Maria no tuvieron empacho en predecir que se casarían en circunstancias igual de ventajosas. Pero, como es natural, no hay tantos hombres acaudalados en el mundo como mujeres guapas que los merezcan. La señorita Ward, al cabo de seis años, se vio obligada a aceptar el compromiso con el reverendo Norris, un amigo de su cuñado, que apenas tenía fortuna personal, y la señorita Frances tuvo un destino aún más funesto. Por suerte, cuando por fin se llevó a cabo el enlace matrimonial de la señorita Ward, este resultó no ser nada desdeñable, ya que sir Thomas ofreció encantado a su amigo los ingresos de un puesto de clérigo de la parroquia de Mansfield, y el señor y la señora Norris comenzaron su etapa de felicidad conyugal casi con mil libras al año. Sin embargo, la señorita Frances se casó, como suele decirse, para llevar la contraria a su familia, y al elegir a un lugarteniente de la Marina sin formación, fortuna ni contactos, lo consiguió con creces. Habría sido difícil escoger a un pretendiente más inapropiado. Sir Thomas tenía influencias que, por principios y por orgullo, tanto movido por un deseo general

de hacer el bien como por un deseo de ver que todas las personas relacionadas con él se hallaban en situaciones respetables, habría estado encantado de ejercer para beneficio de la hermana de lady Bertram. Pero la profesión del marido de Frances pertenecía a un ámbito en el que sir Thomas no poseía contactos; y antes de que tuviera tiempo de idear algún modo de ayudarlos, se produjo una ruptura absoluta entre las dos hermanas. Fue la consecuencia natural de la conducta de ambas partes, algo que casi siempre se deriva de un matrimonio tan imprudente como aquel. Para evitarse reproches inútiles, la señora Price no escribió nunca a su familia sobre el tema hasta que se hubo casado. Lady Bertram, que era una mujer de emociones muy tranquilas y de un temperamento admirablemente fácil e indolente, se habría dado por satisfecha con haber renunciado al contacto con su hermana y no haber vuelto a hablar más del tema; pero la señora Norris tenía un espíritu activo, que no se vio apaciguado hasta que escribió una carta larga y airada a Fanny para recriminarle la insensatez de su conducta y amenazarla con todas las posibles consecuencias negativas. A su vez, la señora Price se sintió herida y enfadada, y dio una respuesta que apuntaba a ambas hermanas como fuente de su amargura; dicha acusación fue acompañada de unos comentarios tan irrespetuosos para el orgullo de sir Thomas (pues la señora Norris no pudo abstenerse de compartirlos con él), que puso fin a toda relación entre las partes durante un periodo considerable.

Sus hogares estaban tan separados y los círculos en los que se movían eran tan distintos que casi excluyeron la posibilidad de saber siquiera de la existencia de las demás hermanas durante los siguientes once años, o por lo menos hicieron que a sir Thomas le pareciese asombroso que la señora Norris llegase a tener manera de contarles, como hacía de vez en cuando con voz alterada, que Fanny había tenido otro hijo. Al cabo de esos once años, no obstante, la señora Price ya no podía continuar permitiéndose alimentar el orgullo o el resentimiento, ni perder un contacto que posiblemente fuera capaz de ayudarla. Una fa-

milia numerosa y que no paraba de crecer, un marido inhabilitado para el servicio activo, pero igual de aficionado que siempre a la compañía y el buen licor, y unos ingresos escasos para cubrir sus necesidades, hicieron que le entraran ganas de recuperar las relaciones que con tanta despreocupación había sacrificado; así pues, se dirigió a lady Bertram en una carta en la que hablaba de arrepentimiento y desánimo, del exceso de hijos y de la carencia de casi todo lo demás en tales términos que fue imposible no predisponerlos a todos hacia una reconciliación. La señora Price estaba a punto de dar a luz por novena vez y después de lamentar la circunstancia y de implorar su apoyo como benefactores de la criatura que esperaba, no pudo ocultar su convencimiento de que sus parientes podrían ayudarla sobremanera con la manutención de los otros ocho. El mayor era un niño de diez años, un mozalbete enérgico que ansiaba salir al mundo; pero ¿qué podía hacer la madre? ¿Existía la posibilidad de que el primogénito fuese útil para el señor Thomas en lo relativo a su propiedad de las Indias Occidentales? Sería capaz de desempeñar cualquier puesto... O ¿qué opinaba sir Thomas sobre Woolwich? ¿Y qué tal la opción de mandar a un chico al Este?

La carta surtió efecto. La paz y la amabilidad volvieron a reinar. Sir Thomas le ofreció consejos amistosos y propuestas de trabajo, lady Bertram envió dinero y ropa para el bebé y la señora Norris escribió las cartas pertinentes.

Esas fueron las consecuencias inmediatas y, en el lapso de un año, surgió otra ventaja aún más favorable para la señora Price. La señora Norris siempre se preocupaba mucho por los demás y no podía quitarse de la cabeza a su pobre hermana y su familia, y pese a lo mucho que ya habían hecho todos por ella, parecía que deseara ayudarla todavía más; así pues, al final no pudo seguir conteniéndose y expresó que consideraba preciso liberar a la señora Price del cargo y los gastos de uno de sus numerosos hijos. ¿Y si entre todos se hacían cargo de la hija mayor, una niña que entonces tenía nueve años, una edad que requería

más atención de la que su pobre madre podía ofrecerle? El esfuerzo y el gasto para ellos no sería nada en comparación con la benevolencia del acto. Lady Bertram le dio la razón al instante.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer —dijo—. Mandemos que nos traigan a la niña.

Sir Thomas, en cambio, no pudo dar un consentimiento tan instantáneo e incondicional. Debatió y dudó —era una carga considerable—; había que cuidar de una chiquilla que se había criado sin educación y cubrir todas sus necesidades, pues de lo contrario, habría crueldad en lugar de aprecio en el hecho de incorporarla a la familia. Pensó en sus propios cuatro hijos —dos de ellos, varones—, en la posibilidad de un amor entre primos, etc., pero en cuanto empezó a exponer sus objeciones, la señora Norris lo interrumpió con una respuesta que anuló todas sus reservas, tanto las expresadas como las elididas.

—Mi querido sir Thomas, le comprendo perfectamente y reconozco la generosidad y delicadeza de sus ideas, que sin duda son un ejemplo más de su conducta general; y, en conjunto, estoy totalmente de acuerdo con usted acerca de la necesidad y conveniencia de hacer todo lo que se pueda por la manutención de una chiquilla que, podría decirse, acogemos bajo el ala; y estoy segura de que soy la última persona del mundo que escatimaría en una situación así. Al no tener hijos propios, ¿en quién podría volcar mis atenciones de cualquier tipo mejor que en los hijos de mis hermanas? Y estoy segura de que el señor Norris también... Pero bueno, ya sabe que soy una mujer de pocas palabras y gestos. No nos amedrentemos ante una buena obra por una menudencia. Si se proporciona una buena educación a una muchacha y se la presenta como es debido al mundo, apuesto diez a uno a que tendrá recursos para establecerse bien, sin más gastos para nadie.